

CULTURA Y LIBERTAD

UNA INTERPRETACION DE COMO UNA SOCIEDAD FORJA SU IDENTIDAD

Una reflexión filosófica acerca de la cultura es totalmente estéril si se coloca en la mera especulación conceptual y, desde allí se "objetiva" a la misma; de esta manera entendemos que "la cultura se ha despojado progresivamente de ser para convertirse en un dato confuso del cual cada quien extrae aquello que le permite captar la idea con que se le aproxima" (1). Nuestra concepción de la cultura se instala en la interpretación del sentido que emerge de una cultura y que nos permite verificar el modo propio de despliegue valorativo que cada pueblo realiza. Es Juan Pablo II quien —con mayor claridad— afirma que: "En la unidad de la cultura como modo propio de la existencia humana, hunde sus raíces al mismo tiempo la pluralidad de culturas en cuyo seno vive el hombre". (2)

Cultura es la relación ontológica que una comunidad establece con la tierra. Esta relación es siempre valoración, es decir, el modo singular con

que cada pueblo obra, siente y piensa. Lo que está en juego entonces, es que el hilo conductor para reflexionar acerca de la cultura debe moverse invariablemente en dos registros: el de la hermenéutica que considera el sentido propio de cada cultura, presente en cada una de sus producciones y de sus momentos históricos; el de la universalidad que se origina en el concepto del hombre como ser cultural y que debe necesariamente referirse a la pluralidad.

Así, cultura es producción comunitaria que en cada gesto afirma su sentido y lo despliega en la historia. La universalidad deja de ser apriorismo unívoco; su configuración contiene el aporte —más o menos explícito— de la pluralidad.

En cada cultura aflora el poder ser como exclusiva condensación de sentido, para desde allí, contribuir a la historia universal.

Nos interesa ahora reflexionar acer-

ca de la identidad de una cultura. La identidad cultural de un pueblo se concreta en la voluntad comunitaria de afirmar su singularidad. Ello se traduce en el estilo de vida propio que un pueblo asume y que se manifiesta en el entramado cultural —el trabajo, la palabra, el arte, lo místico religioso—, otorgándole a éste, cohesión de sentido.

Así, la identidad de una cultura (de toda cultura) se despliega en el espacio que ella misma se va dando desde su constitución originaria, y en cada uno de los momentos efectivos de su propia historia. La vida de una cultura se desarrolla entonces, en el movimiento constante entre el *mandato cultural* y el *espacio para la novedad*. ¿Qué significan estos dos términos: mandato cultural y espacio para la novedad? El primero alude a la constitución de una cultura, constitución originaria y, como tal, místico-valorativa. En tanto no se tienda a comprender esto simplemente como un éxtasis temporal arcai-



Huaina Capac y Cadia
(Hernán Poma de Ayala)

co, podemos percibir cómo esta constitución originaria permanece presente en el movimiento histórico de un pueblo, en las formas de la tradición, las instituciones, lo permitido y lo prohibido... Así, entendemos el mandato cultural como mítico-valorativo en relación con la constitución originaria de un pueblo, y como estructurante y soporte normativo en cuanto al desarrollo histórico de ese pueblo.

Instalados en este tema, el de la ley o mandato cultural, ejercido por supuesto, no sólo desde la conciencia sino desde los niveles más profundos y paradigmáticos que denominamos *arquetipos culturales*, el espacio para la novedad es ofrecido desde la propia configuración arquetípica. *Novedad es,*

así entendida, *diferencia*. La diferencia tiene como soporte lo arquetípico-cultural y, por lo tanto, ella recobra desde su presencia y para lo porvenir, el destino cultural. La diferencia no es andina o intercambiable: está asentada sobre el mandato cultural y aunque lo transgrede, es verdadera novedad si hace alusión a él; de lo contrario la novedad es palabra vacía, moda que puede erupcionar una cultura pero que finalmente cae en la indiferencia.

En este sentido la libertad se presenta como *asunción plena del destino* de una cultura. Esto significa que el sentido de la libertad es el de hacer presente y acrecentar la identidad cultural.

Retomando ahora nuestra afirma-

ción de que la libertad se juega en este poder afirmativo de la identidad, entendemos por libertad la asunción de un destino propio que, siendo común, tiene necesariamente a cada uno de los integrantes de una cultura. Esta libertad no está absuelta ni desvinculada, no es una forma intelectual, sino la concreción singular de que en la historia de cada pueblo se va dando este poder ontológico y humano en la resolución de un estilo de vida propio.

En nuestro caso, en la cultura latinoamericana, esta singularidad se afirma desde la pluralidad. Nuestra cultura está constituida, forjada en el origen reiterada en su historia, por distintas vertientes valorativas que, al chocar y entrecruzarse, abren en el seno de un

misma tierra una modalidad humana peculiar, que estará signada y deberá asumir como su tarea histórica el hecho de afirmarse en el movimiento de lo plural.

El poder ser de los pueblos latinoamericanos —su libertad—, se resuelve desde su origen en sus dos modos, mítico e histórico, en lo agonal y polémico. Este pólemos se manifiesta con todo su poder en tanto que posibilita, en la lucha feroz de fuerzas culturales enfrentadas, el surgimiento de una nueva forma de estar en el mundo: Latinoamérica contiene desde ese arranque mítico e histórico la pluralidad en su propio seno y la resuelve vigorosamente en el mestizaje o la imbricación reiterada que supera a lo racial y se resuelve en lo axiológico. Una hemenéutica de nuestra cultura debe "ponerse" en la intersección entre la tierra y el pensamiento, rescatando así la concepción de geocultura acuñada por Rodolfo Kusch.

La libertad de Latinoamérica es pensada muchas veces como liberación.

Sin destacar esto, pensamos que hay una relación ontológica más profunda entre libertad y cultura: la afirmación cada vez más conciente de nuestra identidad. Logrado esto se libera un pueblo de toda relación de dependencia respecto de otras culturas.

Entendemos que una metodología apropiada que en el terreno de la filosofía pretenda dar cuenta de lo propio debe situarse en la intersección entre lo simbólico comunitario y el discurso científico. Hasta ahora el no-discurso popular fue interpretado como ignorancia; nuestra propuesta, siguiendo el pensamiento de Paul Ricoeur y el de Rodolfo Kusch es la de penetrar en la trama (que como tejido es texto) y en el ambiente de la verdadera cultura: la que emerge del pueblo. Y allí, más que ignorancia la falta de discurso es silencio simbólico. (3)

Otra indicación metodológica considera el rechazo de la dicotomía civilización o barbarie para entender nues-

tra cultura, ya que desde ella queda instalado lo que doy en llamar el "chauvinismo al revés", en tanto se entiende civilización como lo europeo y lo bueno, y barbarie como lo de adentro y lo malo. (4)

Retomando el tema de la libertad como aquello que posibilita el espacio en el que se desarrolla la vida y se despliega la historia de una cultura, habría que entender que América vibra en la pluralidad y percibe a la vida como sagrada y, por ello mismo, azarosa para el hombre. Hay una accidentalidad de la vida que se resuelve no con un "dejarse estar", como lo señala el dedo acusador del intelectual instalado en la seguridad de los juicios necesarios, sino con la propuesta de una sabiduría que percibe que azar y necesidad se contienen mutuamente, en la vida, aunque el pensamiento lógico los pueda dicotomizar.

Por ello si se entiende libertad como liberación, y si la liberación es siempre de... la pregunta surge inmediatamente: ¿liberación de qué y para qué? En general nos encontramos con una concepción iluminista de la liberación: liberar a Latinoamérica del retraso para instalarla en el progreso. Esta afirmación se sigue manteniendo en la dicotomía civilización-barbarie y, por lo tanto, su sentimiento es de desprecio del saber popular. Hay allí una actitud mesiánica afirmada en el progreso científico y, el orden impuesto para desarrollar este proyecto es, en general, antipopular.

Libertad y liberación en tanto una comunidad libera, expresa y simboliza lo más propio de sí, se corresponden. La liberación de un pueblo no se fabrica desde concepciones ajenas a esa cultura; más allá de las buenas o malas intenciones, siempre se encorseta a un pueblo cuando se pretende liberarlo sin una verdadera hermenéutica del modo propicio de valorar la vida que tiene esa cultura.

Toda cultura está inmersa en un espacio cualitativo que le es propio. La

libertad se refiere a la elevación que un pueblo puede realizar sobre ese espacio cualitativo propio. La libertad es expresión creadora de sentido que, ligada a la raíz misma de la cultura, configura formas que la expresan.

Libertad es acrecentamiento —desde sí misma— de una cultura. Cuando los parámetros se imponen desde afuera, un pueblo no crece ni forja su propio fruto, al contrario, decrece y se torna estéril.

La cultura latinoamericana está presente. Hay una identidad en movimiento, y este movimiento tropieza con dos obstáculos fundamentales: el de la vida, en cuya confrontación este movimiento cultural se hace historia y el de la no correspondencia entre la obra y el sentimiento de la comunidad y su expresión semántica, viciada por una concepción maniqueísta de la cultura.

Esta escisión entre los dos polos genera un conflicto por el cual la comunidad no se siente reflejada en el discurso académico. Es éste el que debe implantarse en el suelo cultural y, desde allí, en términos de geocultura, formular categorías propias.

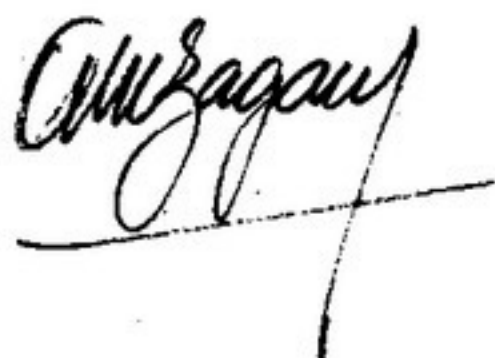
Conclusión

Relacionamos cultura y libertad entendiendo a ésta como el poder propio de un pueblo. Sin posibilidad creadora no hay identidad cultural.

La libertad a la que aludimos se forja en el origen de una cultura y soporta en el despliegue histórico su destino inicial. En el mandato cultural que se refiere a la constitución mítico-valorativa de un pueblo y se traduce en el movimiento histórico del mismo en las formas de la tradición, las instituciones, lo permitido y lo prohibido y el espacio para la novedad, entendida como diferencia de lo mismo, se manifiesta el poder ser propio de una cultura.

La propuesta para nuestra tarea filosófica es la de conjurar el temor a pensar nuestro mandato cultural y

nuestra posibilidad diferenciadora. Así surgirán las categorizaciones verdaderas, aquellas que expresan la carga de sentido en la que todo pueblo se juega en tanto está en la historia.



Notas

- (1). Lorite Mena, José. *Cultura: la identidad entre la seguridad y la creatividad*. Artículo presentado en el 1er. Seminario Internacional sobre "Humanidades e Integración Cultural", Univ. de los Andes, Bogotá, 22-25 de septiembre de 1982.
- (2). Juan Pablo II. *Discurso a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura—UNESCO—*, apartado 6, Unidad y pluralidad de las culturas. Tomado de *L' Oss. Romano*, ed. cast. 15-VI-1980.
- (3). Kusch, Rodolfo. *Geocultura del hombre americano*, Buenos Aires, 1970.

- (4). En ese sentido nos dice R. Kusch que los intelectuales americanos no logramos realizar una filosofía propia por estar al margen del sujeto cultural latinoamericano.

BIBLIOGRAFIA

1. Cassirer, E. *Antropología filosófica*. F.C.E., México, 1967.
2. Kusch, R. *América Profunda*. Ed. Monum, Buenos Aires, 1975.
3. Kusch, R. *Esbozo de una Antropología Filosófica Americana*. Castañeda, San Antonio de Padua, 1978.
4. Kusch, R. *Geocultura del hombre americano*. Buenos Aires, 1978.
5. Juan Pablo II, *Laborem Exercens*, Ed. Paulinas, Florida (Bs.As.) 1981.
6. Ricoeur, P. *Histoire et Vérité*, Aux Editions du Seuil, París, 1955.
7. Ricoeur, P. *La Métaphore vive*. Aux Editions du Seuil, París, 1955.
8. Varios, *Análisis de Puebla*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia, 1979.
9. *Diccionario Teológico Interdisciplinario*, Tomo II, Sígueme, Sala-

manca 1982, art. CULTURA.

10. Freud, S. *El malestar en la cultura*. Obras completas, tomo III, Ed. Biblioteca Nueva, Buenos Aires, 3a. edición, Trad. del Alemán Luis López Ballesterio.

Licenciada Ana Zagarí

Licenciada en Filosofía por la Universidad del Salvador (1972). Titular de Introducción a la Filosofía en la Facultad de Psicopedagogía y de Antropología Filosófica en la Facultad de Psicología. Titular Seminario "Filosofía de la Historia", Instituto Superior de Profesorado "Nuestra Señora de las Nieves". Adjunta de la cátedra de Antropología Filosófica en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Belgrano. Desde 1980, Secretaria Académica Interina del Departamento de Filosofía en la Universidad del Salvador. Trabajos realizados: *Orden y Desorden* presentado a las 5as. Jornadas Nacionales de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba. Prólogo filosófico del libro del Padre de Finances. *Más allá de todo*, en prensa, Ed. Universidad del Salvador. Miembro fundador de la Sociedad Argentina de Filosofía.